

Política, gestión y las marcas en el cuerpo

Entrevista a Adriana Puiggrós

Adriana Puiggrós

Doctora en Pedagogía. Fue decana de la Facultad de Filosofía y Letras en 1974 y directora general de Cultura y Educación de la provincia de Buenos Aires (2005-2007). Actualmente es diputada de la Nación por la provincia de Buenos Aires (2011-2015).

En los pliegues de una memoria que es siempre una primera persona que se dice en plural, la diputada Adriana Puiggrós recorre la trama de la Carrera de Ciencias de la Educación para problematizar desde allí —y desde su lugar como decana, y a la vez como directora del Departamento y el Instituto de Ciencias de la Educación en los tempranos años setenta— no solo las tensiones entre educación y política, sino la cifra de un presente que recupera buena parte del proyecto transformador construido por la generación barrida por el terrorismo de Estado durante la última dictadura militar. La conversación arriesga incluso una hipótesis acerca de las formas de habitar lo público sin conformismos ni concesiones, sino asumiendo las huellas que la gestión siempre deja en los cuerpos.

¿Qué hitos podría marcar en su gestión en la Facultad de Filosofía y Letras durante el 73-74? ¿Cuáles son los núcleos centrales a los que se ha dedicado?

Es importante señalar que la gestión tuvo lugar después de la intervención militar. Cuando asumimos, a principios de junio del 73, asumí como decano Justino Farrel, quien comenzó la reforma de la Facultad y puso las líneas

fundamentales, junto con las Cátedras Nacionales. Ese fue el motor. Yo no estaba en las Cátedras Nacionales porque allí había básicamente sociólogos, pero a mí me nombraron directora del Departamento de Ciencias de la Educación. Esa fue una decisión personal de Farrel. Ya en esa época, Gilda Romero Brest había sido directora del Instituto y del Departamento, por eso a mí me nombró en ambos lugares también.

La primera cuestión es que había una gran movilización estudiantil. La juventus Universitaria Peronista (JUP) era quien movilizaba, junto con las Cátedras Nacionales, la política de la Facultad. Entonces, había demandas fuertes de cambios por parte de la JUP, y de los graduados respecto de los profesores. Porque los profesores estaban desde la época militar. No obstante ello, hubo profesores que renunciaron y otros a los que se les terminó el contrato (porque no había concursos). Hubo un solo profesor, Manuel Solari, el historiador, al que los estudiantes le exigieron la renuncia. Por ello, la única renuncia que yo pedí fue la de él. Siempre recuerdo que Luis Zanotti, que durante años había sido el editorialista del diario La Nación, vocero de la derecha y titular de la materia Política Educacional, un día me vino a decir que estaba esperando que lo echara. Y yo le dije que esa no era nuestra política. Esto lo digo, porque una de las imágenes que quedó, en esa representación tan oculta, tan negada, es que en el 73 echamos a todo el mundo. Pero en el Departamento de Educación no fue así, porque hubo una renovación que tuvo que ver con el hecho de que, durante la intervención militar, no hubo concursos. Luego, cuando se comenzó a normalizar, lo que hicimos fue cambiar el plan de estudios. Hicimos una consulta importante y participaron muchos jóvenes graduados. Y, a partir del nuevo plan de estudios, ingresaron profesores de primerísima línea: Delia Lerner, Nora Pagola, María Teresa Sirvent, Norberto Fernández Lamarra, entre otros.

Recuerdo que un hito que fue importante y marcó mi relación con otros grupos de la Facultad y con otras listas. Fue un hecho que me trascendió, porque fue una decisión política tomada en el marco de distintas organizaciones del peronismo: consistió en nombrar en la cátedra de Historia de la Educación en Argentina (la cátedra, precisamente, de Solari) a Fermín Chávez. Fue muy importante el cambio en el plan de estudios porque, básicamente, lo que hizo fue cambiar el sentido en la formación del pedagogo, que todavía traía una herencia más vinculada a la idea del profesor de una secundaria clásica. Entonces, cambió hacia la idea de un pedagogo más moderno y mucho más vinculado a la problemática concreta del sistema educativo. En este sentido, el nuevo plan de estudios contempló más sali-

das laborales, por ejemplo, una especialización en minoridad (que después nunca volvió a estar en Argentina, y que actualmente hace falta muchísimo).

Lo otro muy interesante fue una especialización para docentes de escuela primaria, en el territorio, que se comenzó a hacer en varias escuelas de La Matanza. También había una especialización en Investigación. Es decir, la carrera terminaba dándole una salida más laboral al pedagogo, además de una fuerte formación teórica, sobre todo en los primeros años.

¿Cuáles eran los debates de política educativa del momento? ¿Qué nudos interpelaban a la carrera?

En términos de la época, lo que había era una demanda pública de estudiantes, de graduados y de docentes consistente en que la educación fuera más nacional y popular. El término *democracia* no era un término de la época, pero había un reclamo de democracia, un reclamo de participación. Había una discusión, todavía no saldada, acerca de los términos reformistas de la política universitaria y los que venían del peronismo. Se intentó saldar cuando el gobierno de Isabel Perón interviene la Universidad en septiembre del 74 y pone a Alberto Ottalagano como rector y a Raúl Sánchez Abelenda como decano de Filosofía y Letras. Ahí aparece muy claramente una discusión de fondo, que era una discusión transversal, no una discusión entre partidos políticos. Esa discusión queda clara cuando Sánchez Abelenda recorre, el 24 o 25 de septiembre, las aulas de la Facultad de Filosofía y las de Arquitectura y Económicas con una rama de olivo para exorcizar a los malos espíritus de Freud, Marx y Piaget. Ahí se ve que todavía está en pie una discusión fundamentalista que remite, en el caso de la Educación, a una escena que se da en el Congreso de Filosofía del 49, en Mendoza. Pues al panel de Educación no concurre el sector liberal —incluso liberal cristiano—, porque no va al Congreso. Sí están los existencialistas y alguna gente vinculada con la Escuela Nueva, por ejemplo, Juan Cassani. Entonces, en ese panel, Cassani, una figura central del Instituto de Ciencias de la Educación y de la Facultad, tiene una posición muy interesante: una posición democrática. El sostiene la necesidad de vincular la educación con lo real, con los sectores populares, con la justicia social, pero desde una posición abierta y democrática. En ese mismo panel estaba Víctor García Hoz, quien dice: «La educación no es una educación para la vida, sino que la educación verdadera es educación para la muerte». Esto se vincula con la frase que años antes había dicho ese exponente del franquismo y del falangismo que fue el general José Millán-Astray, quien había dicho que iba a la muerte. Y en el Congreso del 49 se jugaron

esas dos posiciones. En la Facultad de Filosofía y Letras primó la posición de Cassani, es decir, el peronismo que ingresa a la facultad de Filosofía y Letras es ese peronismo que se va a ver reflejado en Clotilde Guillén de Rezzano: un normalismo democrático.

Digo esto porque, cuando en el 74 intervienen la Facultad, el sacerdote Sánchez Abelenda va como exponente del resabio de aquella posición que, en ese momento, se expresa ya de otra manera. Se expresa contra Piaget, contra Freud y contra Marx. Pero ese ataque muestra una posición que actualmente, aunque existe, está muy arrinconada. Es retrógrada.

Otra de las demandas fuertes de la época era la de la participación. Ahora bien, el tipo de participación que pedían los estudiantes y los graduados es un tipo de participación que, para el día de hoy, es increíble: pedían trabajar en equipos. Pedían tener una mayor presencia en los jurados. Hoy a nadie se le ocurre que puede haber un jurado sin un veedor de graduados o de estudiantes. Esto me permite sostener la siguiente hipótesis: en el 73-74 se produjo una demanda muy fuerte de cambio político-cultural. Y, pese a la dictadura y a que la lucha política de esa época terminó con 30.000 desaparecidos y en un fracaso claro de las estrategias político-militares, en Argentina triunfó un cambio cultural. Podríamos decir que muchos de los jóvenes que cayeron —y muchos de los que cayeron en la Facultad— partieron de una lucha cultural y se vincularon a las luchas de la época desde una posición de cambio cultural. Ese cambio cultural se puede ver hasta en fotografías.

En el 88, cuando yo me reintegré a la Facultad —me costó mucho volver porque se quería olvidar a todo el grupo que había conducido la facultad en esos años—, un día un profesor me dice: «Vino un profesor alemán al que le tuve que contar que en el 73-74 hubo una decana que había sido directora del departamento, que tenía minifalda, era mujer y era demasiado joven». Yo tenía 31 años.

El cambio era muy fuerte hasta en la estética. Hasta pocos años antes, había que ir a la escuela con el cuello almidonado. Por ejemplo, no se podían usar pantalones. El uso del pantalón era algo revolucionario. El pensamiento de la derecha no podía entender que jóvenes de 30-35 años pudieran dirigir la Facultad. Arminda Aberastury fue la titular de Psicología de la Niñez y Adolescencia durante mi gestión en el Departamento. Ella fue quien introdujo el psicoanálisis para niños en Argentina. Esto era una cosa insoportable. Y la otra cuestión es que muy poquito tiempo antes de junio del 73, yo dicté un seminario sobre Paulo Freire, en el marco de apertura propuesto por las

cátedras populares. Ese fue el primer seminario que se dictó sobre él en la Facultad y, creo, en la UBA. Ese antecedente era terrible: comparemos a Sánchez Abelenda con la teología de la liberación. Era un escándalo que llegara al Departamento una concepción de educación popular dialógica, que se pensara que los alumnos pudieran tener una participación.

A mí lo que me había impactado era *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, de Althusser y, al mismo tiempo, tenía una posición crítica, porque no estaba tan convencida del automatismo de la reproducción. De hecho, dos años después, estando exiliada en México, comencé a escribir mi primer libro: *Imperialismo y educación en América Latina*— que después fue mi tesis de maestría— y que empieza con una crítica al reproductivismo. El libro de Althusser estaba de moda y se leía no solo en la facultad. La discusión era al interior del marxismo, de ruptura con el marxismo, y todavía Gramsci no había penetrado en América Latina. José María Aricó y Juan Carlos Portantiero habían empezado recién a publicar algunas de sus traducciones en *Pasado y Presente*. La obra completa de Gramsci no circulaba aún en los medios académicos. Pocos años después, yo lo leo en México. El que cortaba la discusión era Althusser. Se armaba un campo más duramente marxista y un campo más vinculado al nacionalismo popular conformado por la izquierda peronista y sectores del radicalismo.

Esto que dice está bueno para pensar las marcas subjetivas en el propio cuerpo: ser joven, ser mujer... ¿qué otras marcas le dejó la dirección del Departamento y haber sido decana?

En mi oficina tengo la tapa de la revista *Así*, que era una revista amarillista de la época, en donde estoy yo saliendo de la facultad y dice: «La mujer decano». Fue muy duro. Me dejó muchas marcas. Yo empecé a recibir amenazas ya cuando era directora del Departamento, antes de ser decana. Luego pusieron una bomba, de cinco kilos de gelignita, en mi casa, ya cuando era decana. Intentaron secuestrar a dos de mis hijos. Esto ya fue en el 74. Pero siendo directora del Departamento, la marca más fuerte fue la del rechazo visceral hacia una mujer. Esa es una marca muy fuerte. Me acuerdo que en los noventa, cuando era decano Luis Yanes, me nombraron integrante de la comisión de doctorado. En esa comisión había algunos profesores que venían de hacía muchos años y eran señores muy formales. Y yo iba con una blusa blanca con mangas grandes, muy armada, y estaba asustada — aunque a esa altura ya tenía el doctorado y había publicado cantidad de cosas— porque iba al lugar sagrado. Y me senté en el lugar sagrado y estaba

tan nerviosa que cuando entró el mozo me moví y lo golpeé con el brazo y tiré todas las tazas de café sobre mi blusa y sobre la mesa. Y me acuerdo de lo que sentí en ese momento. ¿Cómo me animé siendo mujer, joven y con minifalda a cruzar el lugar sagrado? Esa es una marca fuerte que me quedó.

La otra cuestión que me quedó es que cuando volví, me dejaron con la marca y quisieron quedarse con la Facultad. Quien está en un cargo público tiene que saber que existe esa posibilidad. La posibilidad de que cuando el viento cambie lo dejen con la marca. Hay que hacerse cargo de eso. Son los inconvenientes que traen las ventajas de ejercer el poder.